	INSTITUTO EMPRESARIAL GABRIELA MISTRAL Lengua castellana. Nombre: _____ _____	GUIA: 4 (4p) GRADO: SÉPTIMO. ____ DOCENTE: JESÚS ALVARO CARVAJAL.

MI NOMBRE ES…

Él sabía el nombre de todos en la familia– o bueno de casi todo–, los pronuncia con fluidez y seguridad, parecía que su mente fuera inoxidable. Marina, Concha, Luis… Todos, menos el mío. Jamás le escuché decir mi nombre. Nunca, y dudo mucho que lo supiera; y en el caso remoto de que así fuera, dudo aún más, por cuestión práctica, que fuera capaz de pronunciarlo. No lo culpo. ¿Quién pronuncia este nombre que me define, si desde el principio se copió mal en la notaría? Aparece, Jhonjanzon Cruz. Inclusive, fue difícil pronunciarlo para mis maestros de primaria.

El viejo utilizaba dos palabras simples e insignificantes para llamarme:

–Hey. pelaíto, tráigame una bolsita de leche; oiga, niño, sáqueme una galleta; pelaíto, que la masa para las arepas; niño, que el ponquecito. Jamás se dirigió a mí con mi nombre, ni siquiera intentó pronunciarlo.

Me hubiese gustado presentarme, pues parece que nadie le dijo como me llamaba:

–Mucho gusto, mi nombre Johansson Cruz, Hijo de Carmenza y de Virgilio, su hijo, y además tengo algo especial: soy su Nieto.

Johansson cruz Lopera, el pequeño periódico, No 69, Medellín–Colombia, abril del 2005.

RESPONDA EN EL CUADERNO LAS SIGUIENTES PREGUNTAS DE ACUERDO CON EL TEXTO ANTERIOR.

1. ¿Cuál es el tema central del texto?
2. Según el texto, ¿Qué significa el nombre viejo?
3. ¿Qué tipo de texto es?
4. ¿Cuál es el significado de la palabra “fluidez”?
5. ¿Qué característica especial tiene el narrador?
6. ¿Por qué el niño pensaba que su abuelo nunca lo llamaría por su nombre?
7. ¿Por que el abuelo pronunciaba los nombres de marina, concha y Luis?
8. ¿Por qué el titulo lleva puntos suspensivos?
9. ¿Cuál alternativa le darías al abuelo para que recuerde el nombre del niño?
10. ¿Qué intenta afirmar la última parte del texto?

UNA FLOR AMARILLA.

(FRAGMENTO)

Parece una broma, pero somos inmortales. Lo sé por la negativa, lo sé porque conozco al único mortal. Me contó su historia en un bistró de la rue Cambronne, tan borracho que no le costaba nada decir la verdad aunque el patrón y los viejos clientes del mostrador se rieran hasta que el vino se le salía por los ojos. A mí debió verme algún interés pintado en la cara, porque se me apiló firme y acabamos dándonos el lujo de la mesa en un rincón donde se podía beber y hablar en paz. Me contó que era jubilado de la municipalidad y que su mujer se había vuelto con sus padres por una temporada, un modo como otro cualquiera de adquirir que lo que había abandonado. Era un tipo nada viejo y nada ignorante, de cara reseca y ojos de tuberculoso. Realmente bebía para olvidar, y lo proclamaba a partir del quinto vaso de tinto. No le sentí ese olor que es la firma de París pero que al parecer solo olemos los extranjeros. Y tenía las uñas cuidadas, y nada de caspa.

Contó que en un autobús de la línea 95 había visto a un chico de unos trece años, y que al rato de mirarlo descubrió que el chico se parecía mucho a él, por lo menos se parecía al recuerdo que guardaba de sí mismo a esa edad. Poco a poco fue admitiendo que se le parecía en todo, la cara y las manos, el mechón cayéndole en la frente, los ojos muy separados, y más aún en la timidez, la forma en que se refugiaba en una revista de historias, el gesto de echarse el pelo hacia atrás, la torpeza irremediable de los movimientos. Se le parecía de tal manera que casi le dio risa, pero cuando el chico bajó en la rue de Rennes, él bajó también y dejó plantado a un amigo que lo esperaba en Montparnasse. Buscó un pretexto para hablar con el chico, le preguntó por una calle y oyó ya sin sorpresa una voz que era su voz de la infancia. El chico iba hacia esa calle, caminaron tímidamente juntos unas cuadras. A esa altura una especie de relación cayó sobre él. Nada estaba explicado pero era algo que podía prescindir de explicación, que se volvía borroso o estúpido cuando se pretendía ––como ahora–– explicarlo.

Resumiendo, se las arregló para conocer la casa del chico, y con el prestigio que le daba un pasado de instructor de boy scouts se abrió paso hasta esa fortaleza de fortalezas, un hogar francés. Encontró una miseria decorosa y una madre avejentada, un tío jubilado, dos gatos. Después no le costó demasiado que un hermano suyo le confiara a su hijo que andaba por los catorce años, y los dos chicos se hicieron amigos. Empezó a ir todas las semanas a casa de Luc; la madre lo recibía con café recocido, hablaba de la guerra, de la ocupación, también de Luc. Lo que había empezado como una revelación se organizaba geométricamente, iba tomando ese perfil demostrativo que a la gente le gusta llamar fatalidad. Incluso era posible formularlo con las palabras de todos los días: Luc era otra vez él, no había moralidad, éramos todos inmortales.

Julio Cortazar, Final del juego, en Cuentos Completos I, Madrid, Alfaguara, 1994.

11. ¿Cuál es la posición del narrador del texto anterior?
12. ¿¿Cuál es la relación del titulo Una Flor Amarilla con el contenido del texto?

13. ¿Cuál es el tiempo verbal que predomina en el texto?
14. ¿Cómo definirías la descripción que el narrador hace del personaje central del escrito?
15. ¿Cómo calificarías al protagonista?
16. ¿Cuál es la actitud del narrador frente al protagonista?
17. ¿por qué se caracteriza el protagonista de la historia.